**FUNERAL Y ENTIERRO DE D. PRUDENCIO**

**Parroquia de Santa María, La Bañeza**

**19 de diciembre de 2017**

Nuestro querido hermano en el sacerdocio, D. Prudencio Álvarez de la Fuente, entregaba su alma a Dios en el Hospital de San Juan de Dios de León después de una breve, pero agresiva enfermedad. Hoy despedimos sus restos mortales acompañados por su familia en esta Iglesia parroquial de Santa María de La Bañeza con la celebración de la eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo.

He tenido ocasión de hablar personalmente con D. Prudencio varias veces en las que me fue refiriendo los esfuerzos que tuvo que hacer para iniciar y poner en marcha la Residencia de Mayores Nuestra Señora de Castrotierra que ahora es el hogar de más de cien ancianos. Detrás de sus palabras se revelaba un espíritu atrevido, entusiasta y emprendedor y al mismo tiempo prudente y confiado en la Providencia de Dios Dedicó muchas horas de reflexión y muchos desvelos a este proyecto que con el tiempo dio fruto abundante.

Nuestro querido hermano puso siempre su confianza en Dios que lo llamó a la vida cristiana en el bautismo recibido en la pila bautismal de Justel en el año 1930. Su docilidad al Señor fue constante como lo fue también su caridad y su dedicación a los más desvalidos. Ordenado sacerdote en el año 1955, ejerció su ministerio sacerdotal en Manzaneda de Cabrera, Villar del Monte y Pozos hasta el año 1983 que fue trasladado a San Félix de la Valdería, Felechares y Calzada. A partir de 1983 la Diócesis le encargó la capellanía y administración de la Residencia "Virgen de Castrotierra”, aquí en La Bañeza, un encargo que ejerció con dedicación y esmero hasta el año 2011 que se jubiló, aunque seguía residiendo y actuando como capellán hasta pocos días antes de su muerte". Fue también encargado de las parroquias de Posada de la Valduerna, Villalís y Rivas.

D. Prudencio fue un hombre dichoso, bienaventurado y feliz en este mundo a pesar de las angustias que tuvo que pasar para sacar adelante la administración de la Residencia de ancianos. Fue feliz porque no buscaba en su obra otra cosa más que dar gloria a Dios con una caridad constante para que los últimos días de la vida de los ancianos fuera digna, humana y cristiana. Administró rectamente los asuntos de los hombres y de Dios y ahora, en la presencia de Dios espera la recompensa final y definitiva: gozar de la dicha del Señor por días sin término.

La contemplación de la vida sacerdotal de D. Prudencio desde el hoy de su muerte me remite a las palabras del salmo 111

“Dichoso quien teme al Señor  
y ama de corazón sus mandatos.

Dichoso el que se apiada y presta,  
y administra rectamente sus asuntos.

Reparte limosna a los pobres;   
su caridad es constante, sin falta”.

Este salmo canta la bienaventuranza del justo y la benigna providencia de Dios sobre él, porque es bienaventurado quien teme al Señor y ama a su prójimo con obras de misericordia y de caridad. Los cristianos no podemos olvidar que la fuente de la felicidad del hombre está en amar y ser amado como persona. Quien realiza esto a lo largo de su vida es feliz, dichoso y bienaventurado. Todo lo que le sucede lo sabe encajar en esta opción fundamental de su vida. Dice el teólogo Juan Esquerda Bifet que el salmo 111 es un himno de gozo por las personas que aman a Dios y que ponen en él su confianza. El gozo, anunciado por Jesús en las bienaventuranzas, prometido en la última cena y comunicado en su resurrección, consiste en la convicción de ser amados de Dios, y en la decisión de amarle y de compartir los bienes con los demás.

El hombre de hoy necesita testigos de referencia que hagan visible la felicidad que nace del sentirse amado y de amar al prójimo siempre y en todo momento. Los sacerdotes estamos llamados a ser esos testigos porque nuestro oficio es un oficio de amor como nos recuerda San Agustín. No estamos lejos de conseguir este objetivo. Los datos revelados por una encuesta realizada por la Organización Nacional de Investigación de la Universidad de Chicago y publicado por la revista Forbes en el año 2011 nos muestran que el empleo más feliz del mundo es el trabajo de los sacerdotes. Este mismo año el periódico El País publicaba un reportaje sobre los sacerdotes uruguayos que confirmaba esta misma tendencia sobre la felicidad que reporta el ejercicio del ministerio sacerdotal. La razón de nuestra felicidad está en la confianza en Dios, en la dedicación al prójimo y en una vida austera.

Estas tres claves fueron las de la vida de nuestro hermano D. Prudencio al que hoy ponemos en las manos misericordiosas de Dios y le agradecemos su entrega y servicio a la Iglesia y al mundo. La Virgen María, Nuestra Señora de Castrotierra lo acompañe a la presencia del Señor para que entre a formar parte del coro celestial y pueda alabar eternamente el santo nombre de Dios.

† Juan Antonio, obispo de Astorga